

**EL CURA HIDALGO Y SUS AMIGOS**  
53 viñetas de la guerra de independencia

---

**PACO IGNACIO TAIBO II**

1.ª edición: marzo 2007

1.ª reimpresión: mayo 2007

© 2007 Francisco Ignacio Taibo Mahojo

© 2007 Ediciones B México, S.A.,  
para el sello Zeta Bolsillo  
Bradley 52, colonia Anzures. 11590, D.F. (México)  
[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)  
[www.edicionesb.com.mx](http://www.edicionesb.com.mx)

ISBN: 970-710-245-4

Impreso por Quebecor World.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

BOLSILLO  
**ZETA**

## Nota del autor

Esta es la séptima versión de un texto que ha ido creciendo a petición de los lectores, al que le he ido añadiendo narraciones. No se trata de una historia de la Independencia Mexicana, de la que me considero un apasionado e inculto investigador, tan solo una serie de viñetas pescadas aquí y allá. Se tituló originalmente *Lecciones de historia patria* en recuerdo del libro de Guillermo Prieto; en una segunda edición se llamó *El cura Hidalgo y sus amigos*; luego un par de ediciones más, tituladas *Abuelitos alucinados en guerra de hombres libres* y *El grito, los gritos*, y finalmente algunas ediciones piratas.

Sus últimas versiones fueron utilizadas como material para una serie de conferencias en los campamentos contra el fraude electoral del verano de 2006.

Y está dedicado a todos aquellos que alguna vez se imaginaron al cura Hidalgo con pelo negro y abundante, en particular a Marco Velázquez, y a la memoria de mi amigo Chema Lozano.

## Intenciones y preguntas

Cada uno puede celebrar la independencia a su gusto. A mí me atrae la idea de reconstruir nuestro santoral laico, recuperar abuelitos alucinados en guerra de hombres libres, humanizar personajes, difundir rumores, contar anécdotas. Acercar el pasado para poderlo tocar.

Mucho deben tener estas historias de subversivas para que urja tanto olvidarlas, expurgarlas de los libros texto, reconstruir independencias insípidas y lejanas, sin contenido. Una goma de borrar gigantesca atenta contra nuestra memoria.

¿Qué tan lejos se encuentra el pasado? ¿Qué tan otros somos? ¿Qué tanto han destruido las repeticiones mecánicas, los esquemas, las horribles estampitas, los miedos del poder, las imágenes de aquellos otros millares de mexicanos en guerra santa por la indepen-

dencia? ¿Qué tan cerca se encuentra su necesidad de independencia de nuestra necesidad de independencia?

¿Puede entenderse la historia nacional de otra manera que como un nudo de pasiones y conflictos violentos, en los que la revolución, la revuelta popular, no necesita justificaciones, porque se justifica por sí misma y en las condiciones materiales que la producen, ante un poder que no le ofrece a la sociedad otra salida?

No se trató de una asonada, de un golpe militar, una conjura palaciega. En los orígenes, el movimiento independiente fue una terrible y cruenta guerra social, que abrió la puerta a una devastadora guerra, una revolución que duró once años.

¿Puede ser vista la historia insurgente como una vieja obra de teatro donde los comportamientos de cada cual son sujeto de explicación mediocre, donde todos tienen razón y razones, donde no hay causas ni partidos, culpables o inocentes? ¿Se puede enfriar la historia al gusto de algunos fríos historiadores sentados sobre sus frías posaderas, en frías sillas de biblioteca?

¿Puede acercarse uno a la historia sin buscar la identificación del presente en el pasado, la continuidad de las voluntades o la herencia?

Yo no puedo.

Peligroso en tiempos de insurgentes andar recordando los gritos completos, con todo y el remate de «Muera el mal gobierno». Peligroso intentar recuperar el sentido de palabras que se han ido vaciando de contenido, como *patria*, *heroísmo*. Palabras que suenan asociadas a la cursilería y a la demagogia.

Mucho mejor secarlas y olvidarlas, convertir el estudio de la independencia en castigo a escolares que tienen que memorizar cuatro pendejadas, nombres de plazas, estaciones de metro, monumentos.

Hay un homenaje que es deshomenaje, hay una memoria que es desmemoria.

Si aquellos nos dieron la patria, ¿quiénes luego nos la quitaron?

¿Quiénes pretenden hacer de Hidalgo un cura iluso, de Morelos un recalcitrante y obseso regordete, de Guerrero un terco analfabeta, de Mina un necio gachupín metido en cosas que no le importaban, de Iturbide un libertador?

Quizá sea el momento de decir: «¡Viva el cura Hidalgo y sus amigos! ¡Vivan los héroes que nos dieron patria! Sus fantasmas siguen entre nosotros.»

## LA HISTORIA COMO NOVELA IMPERFECTA

En el año 1792 Miguel Hidalgo fue a dar a Colima exilado de rectorías y cargos de Valladolid. Por liberal y mujeriego, dirían las malas lenguas.

Y estando en Colima, durante algunos meses juntó chatarra, pedacería de cobre, palmatorias de velas, cucharas herrumbrosas, que sus feligreses no querían; las jaladeras viejas de un cajón, un barreño oxidado... Con este innoble material tenía la intención de fundir una campana.

El chatarrero que se habría de hacer cargo de la fundición le oyó decir que quería hacer «una campana que se oiga en todo el mundo.»

Finalmente fue fundida, pero la historia, que es como una novela imperfecta, hizo que la campana no lo acompañara a su futuro cu-

rato de Dolores y que no fuera esa la campana que habría de llamar a arrebato a los ciudadanos del pueblo la noche del 15 de septiembre.

La mencionada campana se quedó en Colima y al paso de los años fue fundida para hacer cañones para un regimiento de gachupines realistas.

2

## MOLIÈRE

El cura llegó a San Felipe en enero de 1793 en un segundo exilio interior. Para combatir el aburrimiento de las tardes decidió crear un grupo de teatro de aficionados. Parece ser que el asunto tenía segundas intenciones porque quería conquistar a una jovencita de la región a la que le propuso entrar en la compañía, Josefa Quintana, de «dulce mover de ojos.»

Buscando la obra apropiada, recurrió a su arsenal de lecturas prohibidas y censuradas, y encontró entre ellas una obra de Molière que le resultaba particularmente grata: *El Tartufo*. Lamentablemente la obra no había sido traducida en la conservadora España y se vio obligado a hacer su propia y, por tanto, primera traducción.

Con *El Tartufo* en la mano el grupo dirigido por el cura se puso en acción y la obra fue estrenada.

Y sí, también conquistó a su primera actriz, Josefa, con la que habría de tener dos hijos.

Mientras escribo esta pequeña historia me siento particularmente orgulloso. Por fin tengo un guante blanco que devolverle a aquel profesor de secundaria que me hizo odiar la historia de México. Contra su Hidalgo rígido y bobalicon, este pícaro traductor de Molière, bordando la doble herejía en las aburridas tardes de San Felipe.

## EL PADRE DE LA PATRIA NO CREÍA EN LOS REYES MAGOS

En un artículo escrito hace cincuenta años por el historiador Juan Hernández Luna (el áter ego de mi compadre), analizaba el mundo intelectual de Miguel Hidalgo.

Personaje sorprendente, Hidalgo había pasado veintisiete años de su vida en las universidades católicas (las únicas existentes) en el mundo novohispano, sumergido en la teología, la escolástica, el recuento de las plumas de los ángeles. Y sin duda como resultado de esta experiencia, al paso de los años, el cura no parecía tenerle demasiado respeto a las instituciones universitarias, en particular a la Real y Pontificia Universidad de México en la que decía había «una cuadrilla de ignorantes». Y parecía no darle demasiada importancia a no haberse doctorado, a causa de la enfermedad

de su padre, cosa que el conservadurísimo historiador Lucas Alamán, bastante dado a la calumnia, lo atribuía a que se había jugado a las cartas en Maravatío el dinero para pagar los estudios.

De su paso por el mundo académico Miguel Hidalgo había sacado quizá lo más importante: el conocimiento y la capacidad de leer y escribir en italiano, francés, español y latín, a los que su experiencia vital había añadido el hablar otomí, náhuatl y tarasco.

Hidalgo no parecía tenerle mucho respeto a la Biblia estudiada «de rodillas y con devoción», porque había que leerla con «libertad de entendimiento», lo que le permitía dudar quién era el buen ladrón, si Dimas o Gestas y tener muy serias dudas sobre la existencia de los Reyes Magos, o dudar de la presencia de un buey y una mula cerca del pesebre en Nazareth donde nació Jesús. Cuestionaba también lo inútil que resultaba arrojar agua bendita sobre los muertos porque «carecen de sentido del conocimiento»; criticaba a Santa Teresa por ser una «ilusa» que se azotaba mucho y ayunaba, y por eso «veía visiones»; y algo muy peligroso, llamaba a la Inquisición «indecorosa», según se registró en la denuncia

que el chismoso de Fray Martín de Huesca hizo contra él en 1800.

De lo que no hay duda es que entre sus lecturas favoritas se contaba el Corán, las obras de teatro de Molière y Racine y los escritos de Voltaire, Diderot y Rousseau.



## LA CONSPIRACIÓN IMPOSIBLE

De aquellos torrenciales meses de agosto de 1810, cuando el ciclón golpeó las costas y destruyó las casas de Acapulco y las embarcaciones en Veracruz, nos queda la lujuriosa prosa de los soplones y los traidores, las historias entredichas en las denuncias anónimas o firmadas, y muy pocas remembranzas de los supervivientes. Pero sobre todo queda el rumor.

Se decía entre los barberos del Bajío que a los europeos los iban a agarrar y poner en un barco en Veracruz, pero solo a los solteros, a los casados se les iba a perdonar. Decían también que «ellos» iban a tomar todo el maíz de la Alhóndiga y ponerlo en la calle para que el pueblo lo tomara de balde, o que «ellos» iban a sacar a todos los presos de las cárceles.

Detrás del rumor estaba una conspiración que tenía un millar de afiliados. Allende en su juicio hablaría más tarde de tres mil, que serían en su mayoría curiosos y mirones, porque a la hora de la verdad resultaron muchos menos y curiosamente, más tarde, muchos más.

No partía de las grandes ciudades de la Nueva España: la Ciudad de México, Puebla y Veracruz, sino del centro del país: Santiago de Querétaro, San Miguel el Grande, Celaya, Guanajuato.

Era un grupo de hombres y mujeres con pocas artes en el asunto de conspirar, un grupo de confabulados *amateurs*, provincianos, que suplían con el ardor de las palabras, la fortaleza del verbo en las tertulias chocolateras, sus habilidades para preparar una revolución. Decían cosas como «Seremos unos tales si aguantamos este año», o escribían en las paredes del cuartel: «Independencia, cobardes criollos.»

Curas ilustrados y con hijos, boticarios de pueblo, músicos, licenciados, notarios, pequeños comerciantes, administradores de correos, soldados que nunca habían hecho guerras, pertenecientes a un regimiento provincial que se dedicaba a cuidar los caminos.

El centro parecía estar en el salón quere-

tano de los Domínguez, donde el pusilánime corregidor controlaba el radicalismo de su esposa, Josefa. Ahí se reunían el abogado Parra, el farmacéutico Estrada, el presbítero Mariano Sánchez, con el infatigable Ignacio Allende, un oficial viudo y buen jinete de cuarenta y un años que había conectado y armado una red de militares subalternos y paisanos a lo largo de todo el centro del país.

Muy en la periferia del complot se encontraba un cura de pueblo, el de Dolores, avejentado (solo tenía cincuenta y siete años), Miguel Hidalgo, que había dudado mucho antes de sumarse al complot.

Querían la independencia para la Nueva España, el fin de la sociedad de castas.

Los soplones, los funcionarios, los bien enterados, en los últimos dos meses cuando las noticias de la conspiración comenzaron a filtrarse, los miraban con una cierta ambigüedad; a veces decían de ellos que «la cosa estaba en manos de gente poco temible», que eran unos conspiradores de «poca ropa», que organizaban bailes entre los soldados de Celaya para conquistarlos, que leían poemas, o que provocaban en las fiestas insultando a los gachupines y hablaban de independencia y revolución.

Para hablar de ellos se usaban metáforas novedosas como que «electrizaban a jóvenes sin reflexión». Y se hablaba mucho de amolar y afilar los sables, pero lo que se afilaba eran los zapatos en los bailes que se sucedían en el entresuelo de la casa de Domingo Allende.

La verdad es que era la conspiración más condenada al fracaso que había tenido lugar jamás en nuestra tierra. Nunca antes un grupo clandestino había estado tan repleto de indecisos, rodeado de traidores, soplones, advenedizos.

No podían triunfar.



## TRAIDORES Y CHAQUETEROS

El alzamiento estaba previsto para el primero de octubre. Pero desde agosto comenzaron a llegar a las instituciones virreinales multitud de denuncias. Un tal Galván, empleado de correos que había tratado de infiltrarse en la conspiración utilizando a su hermano mayor, que estaba legítimamente en el asunto, resultó bloqueado por falta de confianza y solo pudo transmitir rumores a las autoridades.

Un peluquero le contó a la esposa del hijo de un tal Luis Frías, que a su vez lo transmitió a las autoridades, que iban a coger a todos los gachupines y llevarlos a Veracruz.

Un mozo de hacienda llamado Luis Gutiérrez delató a Allende: «Mi amo va a Querétaro, anda con el empeño de acabar a todos los gachupines del reino.»

A estas denuncias se habría de añadir la de un cura, que violando el secreto de confesión, avisó al comandante de brigada y al corregidor que había hombres armados con lanzas y se aprestaba la sublevación.

El 10 de septiembre José Alonso, sargento del regimiento de Celaya, le pidió a su amigo Juan Noriega en la Ciudad de México que pusiera en las manos del virrey una denuncia que señalaba que Allende estaba convocando a militares y vecinos de San Miguel y San Felipe a un alzamiento por la independencia; señalaba que se debía pasar a la acción de inmediato porque la mayoría de los oficiales estaban comprometidos.

Ese mismo día, el alcalde de Querétaro tomó en sus manos el papel de desarticulador de la conspiración y envió al capitán Manuel García Arango a la Audiencia de la Ciudad de México con un pliego donde se reseñaba la lista de conspiradores: Hidalgo, Allende, Aldama, el capitán N.S., el licenciado Altamirano, el presbítero J. Ma. Sánchez, el licenciado Parra, Antonio Téllez, Francisco Araujo. Las denuncias incluían al corregidor Domínguez y los alféreces del batallón de Celaya.

Ochoa insistió al día siguiente con otra carta al virrey y reiteró que no se podía confiar en

Domínguez, corregidor de la ciudad, cuya esposa «se expresa con la mayor locuacidad contra la nación española». Incluía una nueva lista en la que se añadía entre otros el nombre del capitán Joaquín Arias de Celaya.

Arias, al saberse implicado en las denuncias, se acercó a Ochoa y confesó los pormenores de la conspiración. Personaje singular iba a sumarse más tarde a la insurrección, probablemente como espía, y tendría altos cargos militares en la campaña de Hidalgo, hasta morir en la emboscada de Acatita a manos de los propios realistas.

Ochoa, con estos elementos en la mano, acudió con Domínguez, quien a su vez estaba bajo las presiones del cura reaccionario de Querétaro, Gil de León, y finalmente lo disuadió para que actuara contra sus compañeros.

Por si fuera corta la lista de denuncias, el 13 de septiembre el soldado Garrido denunció al intendente de Guanajuato, Riaño, que Hidalgo le había dado un dinero y la orden de subvertir a los soldados de su regimiento. Riaño detuvo rápidamente al grupo de militares sin saber que en Querétaro Ochoa y Domínguez estaban actuando en el mismo sentido.

En horas los grupos de Querétaro y Guanajuato habían sido desarticulados. Parecía que

la conspiración, como tantas otras en años precedentes, había abortado. Quedaba en manos de las autoridades del virreinato tan solo una acción preventiva de carácter policial para atar los cabos. El virrey Venegas, recién llegado a la Nueva España, recibió el consejo de que enviara el escuadrón de dragones de México, pero la conspiración le pareció poca cosa y optó por dejar que se resolviera a localmente. De manera que todo se limitó a ordenar a un escuadrón que fuera hacia San Miguel el Grande y Dolores para detener al viejo cura y a los oficiales del regimiento de la reina. Del poco valor de los complotados hablan los primeros interrogatorios celebrados en Querétaro, donde con muy contadas excepciones, todos los detenidos se dedicaron a denunciarse entre ellos, a involucrar a los ausentes y a declararse inocentes. Salva la jornada las declaraciones de Epigmenio González, asumiendo su responsabilidad en una independencia en la que creía; y el caso de Téllez, quien fingió que se había vuelto loco y tocaba un piano inexistente mientras lo careaban con el capitán Arias.

El arranque de Hidalgo un día y medio más tarde habría de cambiar la historia.

## JOSEFA

Pocos personajes asientan tan mal en los papeles que la historia les otorga como Josefa Ortiz, convertida por azar en madre de la patria, gracias a un único gesto político: haber avisado a Hidalgo y Allende que la conspiración había sido descubierta.

Tenía cuarenta y dos años, michoacana de Valladolid, una dama regordeta, matrona de ojos vivaces y abundante pecho. Muy conservadora en ciertas cosas, no permitía que sus hijas fueran a bailes o al teatro y bien se cuidaba de que Allende o los oficiales del regimiento de la reina coquetearan con ellas.

Casada con el abogado Miguel Domínguez, corregidor de Querétaro, su salón sería el centro de la conspiración del chocolate y el café.

Conocida es la historia de que al descubrirse la conspiración, Domínguez no resistió las presiones y colaboró en las detenciones para evitar que se hiciera evidente su papel. Temeroso de que su mujer lo comprometiera, decidió encerrarla bajo llave para que no cometiera un desaguizado.

Curioseando en la biografía que le dedica Alejandro Villaseñor descubrí que Josefa, como muchas damas de la época, no sabía escribir, pero sí leer. Y eso me llevó en un rastreo minucioso a la búsqueda de desentrañar si el mensaje enviado a Hidalgo había sido verbal o escrito. Porque Josefa cuando tenía que mandar una carta recortaba letras impresas de periódico y las pegaba en papel de china utilizando más tarde como mensajera a una mujer de la que lo único que se sabe es que tenía el noble oficio de cohetera (sí, lanzaba cohetes en las fiestas). En la imaginación de novelista veía la nota que dio origen a la independencia como una de esas cartas anónimas de secuestro y veía a Josefa desesperada, mientras comenzaban las detenciones en Querétaro, recortando apresurada letras de viejos periódicos.

Lamentablemente la historia es demasiado bella para ser cierta. Josefa debería saber escri-

bir porque en la colección de Genaro García se encuentran tres cartas facsimilares escritas cuatro años más tarde y firmadas por ella y lamentablemente la firma de Josefa es igual a la letra de las cartas, o sea que hay que excluir que fueran escritas por otro y firmadas por ella.

Y además, el mensaje sin duda existió pero fue verbal, y no fue uno, sino al menos tres.

En la tarde del 13 de septiembre, Josefa, taponando tres veces desde el cuarto en que estaba encerrada, transmitió una señal de peligro acordada con su vecino del entresuelo, el alcaide de la cárcel, Ignacio Pérez, quien subió y escuchó a través de la cerradura que la conjura había sido descubierta.

Otros dos mensajeros convocados por la propia Josefa o por Pérez, que la cosa nunca quedará muy clara, son portadores del mismo aviso a los conspiradores de San Miguel el Grande y Dolores. Todo parece una comedia de errores. Los enviados serían Francisco López, que tardó dos días en llegar con el recado porque se le cansó el caballo y terminó recorriendo el camino a pie, y Pancho Anaya, que se detuvo en la hacienda de Jalpa para ver un coleadero y llegó cuando los hechos se habían consumado.

Parece ser, y todo esto según las múltiples delaciones, que de eso se hace la historia cuando termina en derrota, que Josefa lo intentó una vez más, pero se equivocó de mensajero, porque el capitán Arias ya se había cambiado de bando.

A causa de estas intervenciones y habiendo sido señalada por varios de los delatores, incluso por un soplón anónimo que la definía como «agente precipitado», fue detenida e internada en el Convento de Santa Clara, o en el de Santa Teresa, o en los dos.

Años más tarde, en una de las tantas represiones ordenadas por Calleja, fue detenida nuevamente a pesar de estar embarazada, acusada de haber colaborado en la colocación de pasquines antirrealistas en Querétaro.

Josefa tenía entonces cuarenta y cinco años y catorce hijos, por cierto que el mayor de ellos, de veinte años, había sido incorporado al ejército realista por su padre para combatir a los insurgentes.

Trasladada a la Ciudad de México fue recluida en el convento de Santa María la Antigua. Poco después fue liberada y condenada casi de inmediato a una nueva reclusión en otro convento, el de Santa Catarina de Siena en

el que pasó un año, o cuatro, liberada en junio de 1817 con la obligación de permanecer en la Ciudad de México.

Sobrevivió al proceso revolucionario y cuando en el imperio de Iturbide la nombraron dama de honor de la emperatriz Ana, se negó a aceptar el cargo, así como dos años más tarde se negó a recibir recompensas económicas por su participación en la conspiración que dio origen a la independencia. La fecha de su muerte permanece en las sombras, algunos dicen que ocurrió en 1829. Se sabe que sus restos se encuentran en la iglesia de Santa Catalina.

LA LISTA DE LOS PADRES DE  
LA PATRIA ESTARÁ INCOMPLETA  
(DE LOS CRUELES DESTINOS)

Tenía treinta y dos años y solo había sido un engranaje menor en la conspiración. Pequeño comerciante de Querétaro, Epigmenio González era propietario de un taller ubicado en su casa de la calle de San Francisco. Junto a su hermano, que se llamaba (claro está) Emeterio, fabricaba las astas para las lanzas, y ayudado por unos coheteros ya habían manufacturado unos dos mil cartuchos.

Cuando la conspiración fue denunciada, su nombre fue uno de los primeros en salir a la luz y el día 15 de septiembre los alguaciles registraron su taller, encontrando un haz de largos palos y un hombre rellenando de pólvora unos cartuchos; dos escopetas, dos espadas y una lanza. Antes de ser detenido Epigmenio tuvo tiempo de enviar un mensajero a los cons-



piradores de Guanajuato. Luego llegaron los gendarmes y a jaloneos y empujones se lo llevaron a la cárcel.

Mientras los acontecimientos de todos conocidos se sucedían, los participantes en la conspiración detenidos cayeron en un lamentable rosario de entregas, debilidades, vacilaciones y peticiones de perdón y clemencia. Epigmenio fue uno de los pocos que conservó la dignidad y no denunció a nadie.

Detenido en la Ciudad de México, mientras esperaba proceso, participó en la conspiración de Ferrer. Nuevamente descubierto fue condenado a cadena perpetua en el régimen de trabajos forzados y enviado al Fuerte de San Diego en Acapulco, donde enfermó y quedó baldado. La humedad de los calabozos y los malos tratos hicieron que empeorara su condición. Más tarde fue deportado a Manila, donde siguió en régimen carcelario con una condena de por vida.

Desde lejos, siempre desde lejos, asistió como espectador impotente a los alzamientos y los fracasos del largo rosario de combates de la guerra civil. Cuando en 1821 la defección de Iturbide y su alianza con Guerrero consumaron militarmente la independencia, Epigmenio

seguía en prisión. Los españoles no reconocieron la nueva república y mantuvieron en cárcel y reclusión a los presos políticos a los que no admitían en su nueva calidad de mexicanos.

No sería sino hasta 1836, cuando se firmó la propuesta paz, que Epigmenio fue liberado.

Había pasado veintisiete años en las prisiones imperiales. La liberación resultó tan terrible como la cárcel. Sin dinero, enfermo, sin poderse pagar el viaje para retornar a México, por fin consiguió de las autoridades locales pasaje para España y allí, tras mucho peregrinar, un comerciante se compadeció de sus desventuras y le prestó los dineros.

Se podían contar ya veintiocho años fuera de su país. Cuando al fin llegó a Querétaro, de sus viejas amistades, de los conspiradores originales, no quedaba nadie, ni siquiera su parentela le había sobrevivido, con la excepción de una anciana tía.

Se acercó al nuevo gobierno y le preguntaron: «¿Y usted quién es?» Y Epigmenio González contestó muy orgulloso: «Yo soy uno de los padres de la patria, el primer armero de la revolución». Y le dijeron: «No, cómo va a ser, la lista oficial es: Hidalgo, Allende, Aldama, Morelos... Para ser padre de la patria hay que